
PRÁXISCOMUNAL

volume 1 | número 1 | Janeiro - Dezembro 2018

**UNA ANTROPOLOGÍA DE LA PRÁXIS. ANÁLISIS Y REFLEXIONES
SOBRE USOS Y DESTINOS DEL CONOCIMIENTO ANTROPOLÓGICO**

**UMA ANTROPOLOGIA DA PRÁXIS: ANÁLISES E REFLEXÕES SOBRE
USOS E DESTINOS DO CONHECIMENTO ANTROPOLÓGICO**

Sergio Fernández



UNA ANTROPOLOGÍA DE LA PRÁXIS. ANÁLISIS Y REFLEXIONES SOBRE USOS Y DESTINOS DEL CONOCIMIENTO ANTROPOLÓGICO¹

UMA ANTROPOLOGIA DA PRÁXIS: ANÁLISES E REFLEXÕES SOBRE USOS E DESTINOS DO CONHECIMENTO ANTROPOLÓGICO

Sergio Fernández²

RESUMO: O presente artigo forma parte de uma pesquisa maior destinada a problematizar os usos e destinos do conhecimento antropológico. “Uma antropologia da práxis” tenta recuperar o conceito de transformação e sua relação com a prática antropológica enquanto disciplina científica. Deste ponto de vista, entendo que *práxis* serve como conceito capaz de articular essa relação. Sustento que a antropologia participa de diferentes maneiras no universo social que estuda. Suas elaborações formam parte do cotidiano do espaço político e econômico sendo apropriadas, resignificadas ou levadas a cenários políticos e econômicos globais. Pretendo dar conta, neste sentido, do modo como @s antropolog@s se convertem em atores políticos destacados, participando de diversas maneiras em boa parte da configuração do mapa geopolítico. Analisando etnograficamente o lugar de distintos profissionais que se desempenham no campo da chamada antropologia aplicada. Buscarei me aprofundar na intervenção da antropologia, no diagnóstico e na abordagem de problemáticas sociais concretas. Esta pesquisa pretende tematizar a produção teórica, sua aplicação e a transformação social como elementos interrelacionados. De modo tal que, interroga e analisa usos e destinos do saber buscando ser parte de uma proposta que contribua a pensar coletivamente o exercício da antropologia e nas contribuições que esta pode oferecer para incidir na melhora de distintos aspectos da realidade social.

PALAVRAS-CHAVE: antropologia – práxis – transformação – aplicação.

RESUMEN: El siguiente artículo forma parte de una investigación mayor destinada a problematizar usos y destinos del conocimiento antropológico. “Una antropología de la praxis”, intenta recuperar el concepto de transformación y su relación con la práctica antropológica, en tanto disciplina científica. Desde este punto de partida, entiendo que *praxis* actúa como concepto capaz de articular esa relación. Sostengo que la antropología participa de diferentes maneras en el universo social que estudia y sus elaboraciones teóricas forman parte del diario acontecer del espacio político y económico siendo apropiadas, resignificadas o trasladadas a escenarios políticos y económicos globales. Pretendo dar cuenta, en ese sentido, de qué modo l@s antropólog@s se convierten en actores políticos destacados, participando de diversas maneras, en buena parte de la configuración del mapa geopolítico. Analizando etnográficamente el lugar de distintos profesionales que se desempeñan en el campo de la llamada antropología aplicada, buscaré profundizar en la intervención de la antropología, en el diagnóstico y en el

¹ Este trabajo es parte de la tesis para la obtención del título de Licenciado en Antropología Social y Cultural de la Universidad Nacional de San Martín, República Argentina. Buenos Aires 13/09/2016

² Licenciado en Antropología Social y Cultural. Actualmente realizando ingreso a la Maestría en Antropología Social, Universidad Federal de Santa Catarina, Florianópolis, Santa Catarina, Brasil. sergio_informes@yahoo.com.ar

abordaje de problemáticas sociales concretas. Se trata ésta de una investigación que pretende tematizar la producción teórica, su aplicación y la transformación social como elementos interrelacionados. Asimismo, interroga y analiza usos y destinos del saber buscando ser parte de una propuesta que contribuya a pensar colectivamente el ejercicio de la antropología y en los aportes que ésta puede realizar para incidir en la mejora de distintos aspectos de la realidad social.

PALABRAS CLAVE: antropología – praxis – transformación – aplicación

Introducción:

La necesidad de problematizar los usos del saber antropológico encuentra su inicio en los salones universitarios. Adentrándome en el conocimiento antropológico, su historia y la inseparable relación entre mis propias categorías subjetivas y la rigurosidad científica exigida, comencé a preguntarme ¿para qué, para quién y por qué hacer antropología social y cultural? Estas preguntas distan de la búsqueda de hipótesis esclarecedoras sino que, en todo caso continúan la línea de una vieja inquietud siempre presente que, como me manifestara un colega español, “es un tema de esos a los que se vuelve siempre y nunca parece que le encontremos una conclusión plenamente satisfactoria”.

El propósito de estas preguntas es dar cuenta de los usos y destinos del conocimiento a la hora de la práctica profesional y como contribución a un debate sobre los aportes de la antropología al mundo sociocultural.

L@s antropólog@s habitualmente estamos preocupados por la comprensión de los significados y las lógicas que movilizan a las personas en el marco de la diversidad social y cultural. El universo de la *otredad* ha sido prácticamente el terreno en el que ha crecido y se ha desarrollado la antropología social. La problemática sobre el *nosotros* l@s antropólog@s ha encontrado su espacio en sucesivas reflexiones que han colocado en el centro de la escena el lugar de la antropología, sus orígenes vinculados al colonialismo y su rol en distintos procesos políticos y sociales de relevancia.

Este trabajo pretende ser apenas una contribución al debate existente entre muchos colegas y estudiantes que nos preguntamos por los usos de la antropología, sus particularidades respecto de otras ciencias sociales, su capacidad de abordar e intervenir en los diferentes problemas sociales, vale decir, políticos y económicos del presente.

Por otra parte, a partir de estas preguntas fundantes, buscaré profundizar en la idea de transformación social. ¿Qué entendemos por transformación y qué tenemos para decir l@s antropólog@s en ese sentido? En sintonía con ello, esta investigación se pregunta por el lugar político que la antropología – y, por ende l@s antropólog@s – ocupa en el contexto de la globalización capitalista.

Mi participación junto a diferentes antropólog@s me permitió acercarme a los dilemas, angustias, tensiones y disputas que atraviesan los profesionales. Buena parte de los testimonios y de las experiencias compartidas muestran diferentes casos en los que la práctica antropológica se produce acorde a tiempos y dinámicas que, en muchos casos, colocan a l@s profesionales en situaciones que obligan a la creatividad en tiempos ajustados y que exigen la resolución de problemas.

Mostraré ejemplos en los que la práctica profesional de la antropología está emparentada con el trabajo interdisciplinario donde entran en juego acuerdos y desacuerdos a la hora del abordaje de los problemas, lo que implica considerar la presencia de la teoría y “la mirada antropológica” – a la que refieren algun@s colegas – a

la hora de la intervención.

1. Marco teórico. Antecedentes

Al adentrarme en un problema de investigación que se propone ubicar en clave analítica, los usos y destinos del saber antropológico, considero apropiado abrir nuevos interrogantes que tienen como objetivo principal abordar la cuestión de la transformación social. Asimismo, problematizar sobre las particularidades de la antropología a la hora de pensar en el concepto de *praxis*.

La noción de *praxis* que intento utilizar como punto de partida epistemológico, remite a la definición de Karl Marx, quien ha expresado su preocupación respecto de una filosofía de la *praxis*, destacando el lugar de la acción para la transformación social. En su XI tesis sobre Feuerbach expresa claramente que “los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo” (Tarcus, 2015: 107). En este sentido, entiendo la relación con el trabajo propuesto pensando en lo que aquí he llamado una “Antropología de la *praxis*”. Es decir, poder trazar una relación entre la formación intelectual académica, y el destino del saber antropológico aplicado a la transformación social. Entender la transformación social asociada a la idea de *praxis* implica un abordaje que intenta retomar un punto de partida teórico metodológico (además de político) desde el cuál analizar y conceptualizar el problema de la aplicación y sus particularidades. Desde estas líneas, considero que una reflexión del ejercicio profesional de la antropología puede ser abordada recuperando al marxismo como teoría social y científica, atendiendo a las propias conceptualizaciones y preocupaciones de la antropología social y cultural.

La filosofía marxista le ha dado *status* científico a la idea de transformación social. Sentando las bases del socialismo científico como propuesta superadora del socialismo utópico³, Marx ha puesto sobre la mesa, una forma de análisis y comprensión social cuya preocupación ha sido la vinculación entre teoría y *praxis*. Entre producción científico-social y transformación.

La preocupación por una antropología comprometida con la transformación social ha sido una problemática que la antropología marxista ha intentado colocar en el centro de la discusión. En su análisis acerca de la actualidad de la teoría marxista en la antropología, Izquieta y Gómez (2012) repasan el desarrollo de la antropología marxista y los aportes de sus conceptualizaciones. Poniendo el foco en las estructuras sociales, la antropología marxista ha basado su preocupación en el carácter científico de la disciplina que intenta hacer énfasis en las condiciones materiales de existencia de las sociedades.

El materialismo histórico de Marx entiende que el carácter simbólico asociado al mundo de las representaciones y las creencias, no puede explicar la relación dialéctica entre oprimidos y explotadores que caracteriza a la “historia de la humanidad”. Este punto le ha valido no poco reproches al marxismo por parte de buena parte de la antropología.

Por otra parte, Clifford Geertz (2003), como uno de los autores más ligados a una corriente de corte interpretativista, ha colocado el acento en la comprensión de los significados para el cual es preciso “tratar de mantener el análisis de las formas simbólicas lo más estrechamente ligado a los hechos sociales concretos, al mundo público de la vida común” (Geertz, 2003: 39). Es así que *cultura* aparece definida como

³ Marx ha cuestionado los principios de los socialistas utópicos como Robert Owen, Charles Fourier y Saint Simon, colocando el acento en una filosofía materialista y destacando el carácter dialéctico de las relaciones sociales.

un concepto semiótico, “es la urdimbre de significaciones atendiendo a las cuales los seres humanos interpretan su experiencia y orientan su acción” (Geertz, 2003: 133).

El citado trabajo de Izquieta y Gómez describe el pasaje del protagonismo de la corriente materialista a otra posmoderna, producida en la antropología social a partir de la década de 1980 donde se producen algunos giros teóricos que se ocupan “más de la deconstrucción de la disciplina que de las condiciones de vida de los pueblos . La antropología debe pasar de la sociedad al texto (...) se disuelve así en hermenéutica, en análisis literario” (Izquieta y Gómez, 2012: 68). Esta visión posmoderna a la que refieren los autores como un pasaje de ciencia a interpretación, comienza a alejarse de la preocupación por el modo de vida de las sociedades y de los estudios por las estructuras y las relaciones de poder presentes en la antropología de las décadas del '60 y '70. De acuerdo a esta visión, que habla de una separación tajante en la formación disciplinar, la antropología marxista permanecería anclada en estudios estructurales, siendo incapaz de considerar la dimensión simbólica que hace a la construcción de significados sobre los que se rige la vida de las personas.

La importancia de conceptos tales como *identidad*, *creencias* protagonizan un ascenso y un regreso de las posiciones más culturalistas:

aún quienes fueron materialistas hasta hace algunos años trasladaron su interés a las cuestiones relacionadas con el significado, la identidad y la creencia (Bloch, Godelier). (...) materialistas más firmes, como Marvin Harris, han comenzado a adoptar una actitud más negativa respecto de la evolución (Friedman, 2001: 93).

La variable *cultura* pasa a ser más aceptable para explicar antropológicamente el mundo y a sus sociedades. La necesidad de interpretar y comprender significados, creencias e identificar a diversos grupos sociales resaltando aspectos culturales y étnicos.

La década de 1975 a 1985 ha sido testigo de un marcado cambio en el estado cultural del mundo, que en los ‘años progresistas’ de la década de 1960 no podría haberse previsto. En los centros del sistema mundial, cada vez más agobiados por las crisis, hubo una implosiva pérdida de la fe en el progreso de la “civilización” y, en correspondencia con ello, una explosión de nuevos movimientos culturales que abarcan desde el renacimiento de cultos y religiones hasta el primitivismo, un nuevo tradicionalismo, un esfuerzo por restablecer una nueva identidad, definida en términos culturales. Toda esa actividad se acompaña de una creciente fragmentación «nacional» y étnica en el centro – desde los vascos y los catalanes hasta los irlandeses y los escoceses y un crecimiento exponencial de los movimientos políticos con una base cultural a los que se alude genéricamente como “cuarto mundo”: amerindios, hawaianos, el movimiento melanesio kastom, etc. (Friedman, 2001: 127).

Buena parte del cuestionamiento al marxismo dentro de la antropología tiene que ver con estar influido por un sesgo positivista y la reproducción de ciertas características evolucionistas de los inicios de la disciplina⁴. Asimismo, al marxismo se lo acusa de reducirse a un economicismo mecanicista que no aborda la cuestión simbólica que interesa a la antropología. Las propuestas epistemológicas de la antropología y sus consecuentes teorías acerca de la cultura, lo simbólico y lo material se han preocupado

⁴ El propio F. Engels escribe en 1884 *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* a partir de la influencia de obra de L. Morgan (1871) *La Sociedad Primitiva*, 1877. En el prefacio a su primera edición, Engels vincula la producción de Morgan con las investigaciones iniciadas por Marx: “En América, Morgan descubrió de nuevo, y a su modo, la teoría materialista de la historia, descubierta por Marx cuarenta años antes, y, guiándose de ella, llegó, al contraponer la barbarie y la civilización, a los mismos resultados esenciales que Marx”. La obra de Engels puede ser consultada en https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/origen/el_origen_de_la_familia.pdf

por discutir las distintas maneras de concebir la complejidad del mundo social. Las tensiones entre lo universal y lo particular han sido uno de los debates más fuertes dentro de la disciplina y uno de los puntos de análisis que también diferencia a la antropología de las demás ciencias sociales.

La antropología marxista ha puesto su eje en la desigualdad. Un aspecto que, de alguna manera, logra superar aquella tensión, entendiendo que las desigualdades se presentan al interior de cada sociedad con lo cual se hace necesario estudiar los mecanismos que reproducen esas desigualdades y las relaciones de poder que de allí se desprenden. En tanto el relativismo cultural coloca el acento en la diversidad cultural, el marxismo intenta dar cuenta de las transformaciones producidas al interior de las sociedades, las relaciones de dominación existentes hacia dentro de los grupos sociales y las desigualdades existentes entre los países hegemónicos (occidentales) y el resto de las sociedades.

En este sentido, la antropología marxista ha entendido la relación de explotación y dominación aludida por Marx y ha incorporado a sus análisis las revisiones que se han hecho sobre el propio marxismo, especialmente la teoría de Antonio Gramsci. A las relaciones de producción y las lógicas del capitalismo que se nutre usufructuando el producto de la fuerza de trabajo asalariada, Gramsci supo añadir el concepto de *hegemonía* desde el cual brindar un abordaje más complejo a la cuestión de la desigualdad. Este término es utilizado por Gramsci para atender esa dimensión simbólica expresada por el consenso. Además de la explotación económica y de la dominación política y represiva, el poder se expresa a partir de una dominación hegemónica según la cual las clases subalternas legitiman la dominación.

El concepto de *hegemonía* ayuda a conciliar los análisis de los planos *material* y *simbólico*. De igual modo permite abordar la comprensión del poder como elemento de disputa cultural y lucha contrahegemónica por la apropiación de la capacidad de producción de sentidos.

Otro de los aportes de la antropología, en sintonía y en discusión con el pensamiento de Karl Marx, ha sido el trabajo de June Nash (2008) realizado junto a trabajadores mineros bolivianos. Apelando a una pormenorizada descripción histórica y etnográfica que relata los procesos de lucha y de significación ritual, muestra de qué manera luchas políticas y revolucionarias protagonizadas por los trabajadores en distintos períodos históricos, no están en contradicción con su sistema de creencias. Existe una relación entre política, economía, creencias religiosas y la formación de una conciencia de clase. Desde una postura marxista, se permite hacer una relectura crítica del marxismo mecanicista, demostrando cómo las representaciones que operan en el plano de lo simbólico no implican necesariamente una contradicción con la lucha revolucionaria.

Muy por el contrario, son estos mismos valores, principalmente aquellos que se unen con un pasado pre-hispánico, que se expresa en las ceremonias del carnaval o en los rituales de la Pachamama, los que mantienen cohesionado al grupo y le confieren una identidad que se traduce en formas de lucha frente a las condiciones laborales. La estructuración de su sistema de creencias está basada en una continuidad con el pasado, con las tradiciones, con ceremonias y rituales que confieren a los individuos un sentido de pertenencia y de solidaridad. Esa unión, que fortalece los lazos sociales de la comunidad minera, depende de un pasado heredado de una tradición quechua pre-colombina en donde se tiende a promover la participación de todos los actores de la comunidad y contribuye a la formación de su conciencia política.

El pensamiento antropológico latinoamericano también ha sido parte de un debate revisionista del marxismo. La corriente bautizada como “etnomarxismo”, desarrollada principalmente en México, entiende la necesidad de un compromiso académico y militante con las poblaciones indígenas y sus luchas; un pronunciamiento de denuncia a toda forma de represión y genocidio, así como también la comprensión de las particularidades y heterogeneidades de la cuestión identitaria y cultural:

Se reconocen las identidades contrastantes de las etnias y su especificidad como estructura social, sin que esto signifique que se encuentren aisladas o conformen bolsones socioeconómicos de carácter autárquico, sino que forman parte orgánica de los conjuntos nacionales en los que han quedado comprendidas. Se examina la importante incidencia de las etnias en América Latina, independientemente de su peso demográfico, en la vida social, cultural, política, ideológica y económica del conjunto de la sociedad. Se observa la heterogeneidad en el interior de los grupos étnicos de sus características culturales y socioeconómicas y en consecuencia, los grados diferentes de vinculación y subordinación a los procesos y fuerzas capitalistas, y la amplia gama de reivindicaciones, formas de lucha y procesos políticos en los que se involucran (López y Rivas, 2009: 7).

El término *etnomarxismo* es utilizado en la antropología latinoamericana como un modo de reconocer una antropología dedicada al estudio y a la comprensión de las cuestiones étnico-nacionales y, desde allí, una toma de posición política frente a los procesos de opresión económica, política y cultural. Desde el punto de vista teórico, el etnomarxismo, intenta ampliar y desarrollar el concepto de *minorías subordinadas* “para darle contenido a la matriz clasista y explicar el papel de lo étnico-nacional en las jerarquías internas de la fuerza de trabajo” (López y Rivas, 2009: 12).

La noción de *minoría subordinada* es trabajada por los autores Gilberto López y Rivas y Eduardo Perea (1979) para ampliar la idea de *minoría* expresada por Charles Weagley y Marvin Harris. La referencia al concepto de “minoría” intenta distinguir a distintos grupos de oprimidos, caracterizados no por una porción numérica sino por una serie de condiciones que contribuyen a jerarquizar a las poblaciones subalternas. En este sentido una minoría pueden conformarla grupos de mujeres violentadas en la vida diaria, homosexuales que padecen el rechazo y la discriminación social; trabajadores excluidos de la sindicalización y desempleados; y también las minorías étnicas, entre otros grupos que “son los primeros en sentir los rigores de las crisis cíclicas del capitalismo” (López y Perea, 1979: 153).

A esta concepción de *minoría*, el etnomarxismo incorpora el concepto de *minoría subordinada* para atender a las particularidades de la opresión dirigida a grupos económica, social y culturalmente explotados en una sociedad dividida en clases. De acuerdo con ello, destaca la existencia de componentes racistas entre una mayoría nacional de trabajadores contra otros étnica y culturalmente distintos, así como la explotación por género, sexualidad o etárea. De esta forma intenta profundizar en el análisis de las desigualdades que operan al interior de estos grupos minoritarios.

Wagley y Harris no especifican las ramificaciones del status minoritario en las distintas esferas de la vida social y es tarea de los antropólogos marxistas escudriñar en este aspecto. Un chicano, ‘un negro, un indígena, además de sufrir la explotación capitalista como trabajadores desposeídos de medios de

producción, padecen de los efectos de una serie de mecanismos en las esferas sociales, económicas y culturales que los hacen víctimas de discriminación y segregación específica y adicional a la sufrida por el resto de los sectores laborantes. El reflejo de esta situación preferencial, en el sistema de clases, es que los miembros de los grupos minoritarios tienden a formar un sector de trabajadores que realizan tareas específicas y ocupan un determinado lugar en la organización del trabajo. En este contexto, los trabajadores minoritarios realizan los trabajos socialmente considerados como los de más bajo *status*, de tipo manual y no especializado, los trabajos para el servicio doméstico y público; y dentro de las clases intermedias, ocupan, de la misma manera, las posiciones socialmente despreciadas (López y Perea, 1979:153).

Los etnomarxistas advierten, además, los riesgos metodológicos de reducir los análisis a explicaciones meramente economicistas que descuidan la cuestión étnico-nacional de las clases sociales:

El etnomarxismo logra superar las ideas que se desprenden de la matriz teórica marxista en el sentido de considerar a la nación como un residuo de la época democrático burguesa, como un monopolio de las clases dominantes, y en consecuencia, dueñas de la simbología nacional, administradoras únicas del ritual patriótico y de la historia nacional. Estas ideas provocaron en muchos de nuestros países, que los marxistas abandonaran la lucha por la hegemonía nacional, al enfatizar ese reduccionismo clasista y generar dos fenómenos igualmente perniciosos para los fines nacionales: **el obrerismo y el economicismo** (López y Rivas, 2009: 12, resaltado original).

Desde el punto de vista político, esta corriente es sumamente crítica de los partidos comunistas y marxistas y los acusa de portar una visión eurocéntrica propia del marco teórico inicial del marxismo⁵ y de no interesarse por la cuestión indígena, sino solamente cuando éstos han protagonizado levantamientos armados.

La cuestión indígena ha despertado especial interés en la teoría social latinoamericana, especialmente en la antropología marxista. La teoría marxista latinoamericana debe su influencia a José Carlos Mariátegui (1894-1930), quien desde una perspectiva marxista se ha preocupado por conciliar la lucha política atendiendo a la cuestión étnico-nacional, influido tanto por los movimientos revolucionarios y obreristas europeos como por las nuevas vanguardias latinoamericanas que comenzaban a manifestarse atendiendo la cuestión indígena y nacional, tanto en el plano político como en el del arte, y al rescate de antiguas tradiciones e identidades latinoamericanas.

Puede decirse que desde la influencia de Marx inicialmente en todo el pensamiento social; la posterior revisión de Gramsci, que permite ahondar en el plano cultural – lo que facilitó un diálogo más fluido con la antropología –; más el aporte de Mariátegui, nutriendo a las corrientes latinoamericanas que han promovido la investigación y el compromiso con la cuestión étnica y nacional, la antropología ha encontrado en estos autores un marco teórico que le ha permitido profundizar en los estudios por la desigualdad buscando comprender y analizar las complejidades de las relaciones de poder. La producción antropológica marxista y, especialmente en Latinoamérica, quizás merezca una investigación adicional que excede los objetivos de esta pesquisa⁶.

⁵ En los escritos iniciales de Marx y Engels existen referencias a la conquista de Estados Unidos sobre territorios mexicanos y entienden que esto podría contribuir un avance hacia la madurez de las fuerzas revolucionarias. El propio F. Engels esboza su justificación, al arrebato de California, en nombre de un avance hacia la “civilización” dado que los “perezosos” mexicanos no sabían qué hacer con esas tierras. Ver: Marx, K y Engels F. *Materiales para la historia de América Latina*. Ediciones Pasado y Presente. Córdoba, Argentina. 1972.

⁶ Para un abordaje mayor sobre la relación entre la teoría marxista y la antropología, se recomienda

1.2 Antropología y antropólog@s como actores políticos.

Discutir cuestiones referidas a los usos y destinos del conocimiento antropológico implica un esfuerzo por rescatar el lugar como actores políticos que l@s antropólog@s ocupamos en la producción de conocimiento. Un lugar que, en principio, puede no diferenciarse del ocupado por cualquier investigador o científico, cualquiera sea su especificidad.

El propio desarrollo de las Ciencias Sociales ha contribuido a pensar la administración de la nascente sociedad industrial y su relación con los conflictos sociales. Así como la sociología es producto de la unión de reformistas sociales desde afuera de las universidades, la antropología también llega de afuera de la academia “como práctica de viajeros, exploradores y funcionarios de los servicios coloniales” (Wallerstein, 2007: 24). Posteriormente institucionalizada y diferenciada del resto de las ciencias sociales por su vinculación con el estudio de poblaciones no occidentales, la antropología comienza mostrando algunas particularidades, tanto a la hora de definir quienes serán sus primeros “objetos” de estudio como por su método caracterizado por una observación participante, con el investigador interactuando con la sociedad local. Una metodología que “siempre amenazaba con violar el ideal de la neutralidad científica” (Wallerstein, 2007: 25).

Los conocidos aportes y conceptualizaciones acerca del *estado*, el *poder*, la *política* y la *sociedad* han estado presentes en el propio crecimiento del quehacer científico-social. Y quizá sea la problematización del concepto de *cultura* lo que, al igual que su origen vinculado al colonialismo, distinguen a la antropología a la hora de considerar (y ¿utilizar?) su producción teórica. Referirse a *cultura* en el contexto del lugar político de la antropología, implica tomar en cuenta nuestro quehacer cotidiano como antropólog@s. En este punto me interesa problematizar de qué modo la antropología, sus conceptos y temas de incumbencia, aparecen reflejados en los campos de la política y la economía.

Susan Wright (1998) ha analizado la “politización de la cultura” y cómo éste concepto ha sido resignificado desde la propia antropología y utilizado desde el “exterior” de la disciplina, más precisamente en esferas político-administrativas. Desde las ideas evolucionistas de *cultura* que la concebían como un todo cerrado, coherente y homogéneo que derivaba de diferentes procesos evolutivos, pasando por el acento puesto en las particularidades hasta las apreciaciones más recientes que conciben a la cultura como un proceso en el cuál se ponen de manifiesto producciones de sentido que se negocian y resignifican. La noción de *cultura* producida por la antropología social ha sido y es utilizada por diferentes actores adquiriendo una dimensión política.

Un significativo ejemplo de ello es analizado por Wright a partir de un informe de la Unesco titulado “Nuestra Diversidad Creativa” que contó con la participación de Claude Lévi-Strauss como miembro del comité de honor. El informe se refiere a la existencia de una pluralidad de culturas en el mundo que, según el criterio de la autora, reproduce antiguas consideraciones de los años '30 donde el mundo es visto como un mapa plano comprendido por mosaicos culturales⁷ (Wright, 1998). La concepción de

Palerm Angel, *Antropología y marxismo*, México D. F., Clásicos y Contemporáneos en Antropología, 2008.

⁷ El informe comienza con el Prólogo del presidente, firmado por Javier Pérez de Cuellar cuyas palabras remiten a la idea de *mosaico cultural*: “En 1988 veíamos ya claramente que el desarrollo era una empresa mucho más compleja de lo que se había pensado en un principio. Ya no se podía seguir concibiéndolo como un camino único, uniforme y lineal, porque ello eliminaría inevitablemente la diversidad y la experimentación culturales, y limitaría gravemente la capacidad creativa de la humanidad con su valioso pasado y un futuro impredecible. En todo el mundo, una vigorosa diversificación cultural, basada en el reconocimiento de que la civilización es un mosaico de culturas diferentes, había contribuido ya a conjurar ese peligro”. Para un abordaje más completo del informe, consultar <http://unesdoc.unesco.org/imagenes/0010/001036/103628s.pdf>

cultura en estos términos entra en conexión con uno de los organismos decisores de las políticas de desarrollo en el mundo. Y, en éste ámbito la producción antropológica ha encontrado su lugar.

Difícilmente se desconozca, en el universo profesional, la relación entre conocimiento y política internacional. Algo similar ocurre con la antropología en tanto ciencia social. Por ejemplo existe un importante número de antropólog@s contratados por agencias internacionales para intervenir en procesos de desarrollo. Pese a ello, esta temática, tal como advierte Jabardó (2008), no adquiere demasiada relevancia dentro de los claustros universitarios.

2. Antropología y aplicación. Debates en torno a la Antropología Aplicada.

Entre los interrogantes acerca de usos y destinos del conocimiento, hemos planteado la cuestión de las particularidades de la antropología donde la cuestión sobre la *cultura* y otros conceptos afines a la disciplina encuentran su espacio dentro y fuera de la misma. Esto nos habla de la presencia de la antropología en ámbitos tales como la política y la economía, sobre los que nos hemos explayado. En relación a la cuestión de la *praxis*, como acción transformadora, considero que es importante ejemplificar con casos concretos que puedan ayudar a esclarecer algunas preguntas y que puedan servir como ilustración sobre la intervención antropológica en determinadas problemáticas. ¿De qué modo los/as antropólog@s pueden contribuir a la hora de participar en la evaluación y diagnóstico de problemáticas concretas?

Algunos debates de los que pude participar y que han nutrido el presente trabajo, discutían acerca de la existencia de una antropología aplicada y el porqué de una división tan tajante que la separaría de una antropología académica. Algun@s colegas sostienen que la producción de conocimiento, al ser inseparable de las relaciones de producción de la economía capitalista, siempre tiene efectos concretos en la vida real, con lo cual no sería posible hablar de una antropología aplicada en tanto área específica.

Otras afirmaciones resaltan, en la antropología aplicada, la dificultad de elaborar nuevas teorías para el conocimiento antropológico. Lo que la convierte en una suerte de antropología “desteorizada”, donde la labor antropológica no logra profundizar en aquellos asuntos de los que participa, ni aportar a la construcción de conocimiento.

¿En qué medida la antropología podría ser susceptible de aplicación? Es la pregunta por la que hemos transitado y presentado diferentes consideraciones. O, ¿es posible hablar de una antropología aplicada?. Pero, en función de esclarecer el debate ¿de qué manera su metodología, la formación teórica y su enfoque son llevadas a la práctica por l@s profesionales?

Si los conceptos como *cultura*, entre otros, históricamente discutidos en antropología, son útiles para organismos internacionales, administradores públicos locales y teóricos o asesores de la administración empresarial, ¿para qué podría utilizarse la práctica antropológica?

2.1 Usos y destinos del saber en Argentina. Una etnografía junto a antropólog@s aplicad@s

Mi trabajo de campo se desarrolló en distintos espacios en que se desempeñan antropólogos y antropólogas. Mi interés estuvo puesto, desde el inicio, en acompañar el trabajo de l@s profesionales en las diferentes áreas que me fuera posible. Según las características y el/los campos de desempeño profesional, las posibilidades de etnografiar la práctica profesional de los actores, ha estado supeditada a las determinaciones de agentes decisores que exceden la simple voluntad de cada antropólog@. Es así que

en algunas ocasiones, mi trabajo de campo se encontró con ciertas facilidades que permitieron la apertura de espacios, la posibilidad de compartir reuniones y participar de varias de las actividades profesionales de l@s antropólog@s. En otros casos, el trabajo se redujo a largas charlas y entrevistas que también han contribuido a la realización de esta investigación: dando cuenta de los sentires, dilemas, tensiones y puntos de vista de los sujetos.

Respetando la tradición etnográfica, los nombres publicados han sido modificados. Máxime cuando se trata de una investigación que problematiza usos y destinos de la antropología y que llegará a manos de otr@s colegas, ávidos de conocimiento y dueños de la inevitable curiosidad antropológica.

He podido observar en los diferentes casos, y de distintas maneras, cómo aparecen preocupaciones referidas a la aplicación del saber: desde las angustias por tener que lidiar con las dificultades que se le presentan a los profesionales en el marco de la dinámica de la gestión; problemas asociados a escasos tiempos de trabajo y la dificultad para conciliar la reflexión teórica con la urgencia que demanda una institución pública, por ejemplo.

Por otro lado, el trabajo de campo y las entrevistas me ayudaron a la comprensión de los modos en que la antropología aplicada también puede ser un desafío para muchos profesionales que entienden que la formación antropológica les ha permitido abordar de otra forma muchos de los problemas en los cuales deben intervenir.

Por otra parte, en muchos de estos casos, l@s antropólog@s trabajan en equipos interdisciplinarios, lo que significa una dinámica de encuentros y desencuentros respecto a la forma de diagnosticar problemas y de intervención sobre los mismos. Como veremos, el trabajo interdisciplinario puede significar un aporte fundamental a la hora de realizar un abordaje más completo sobre determinada problemática. De igual manera, pueden generarse diferencias muy marcadas que hablan de modos muy distintos de considerar los problemas y los caminos para trabajar en su resolución.

2.1.1 Gestión e intervención en salud

Mar es una antropóloga que desde hace muchos años trabaja en el área de salud. Me contó que llegó a la disciplina “por puro exotismo. Creo que fue el objeto exótico malinowskiano”.

Recuerda que no tenía en claro nada acerca de gestión o de investigación: “no había podido ubicarme ni como militante ni tener claro de haberme corrido de ese lugar de exotismo”. Luego la carrera estuvo intervenida en años de la Dictadura militar, supo de la desaparición de compañeros y “desapareció la antropología de mi horizonte”. Entrada la democracia, decidió trabajar de su profesión, formarse teóricamente “porque yo me había quedado con los clásicos, ni sabía de Foucault”. Trabajó como ayudante de cátedras en el Ciclo Básico Común (CBC) y por un contacto llegó al área de salud. Dado que “sabía de biología lo poco visto en la universidad”, decidió formarse en el tema y realizar una especialización.

En un hospital necesitaban una antropóloga para hacer antropometría. Ahí trabajé con niños con problemas de desarrollo, ese laburo después lo podía hacer cualquier persona porque los antropólogos éramos muy problemáticos: tenía un jefe que era muy inteligente pero el tipo era un sargento más o menos. Me llevaba a los ateneos y decía a todos: ‘ella calladita hace observaciones y puede decir cómo es la práctica médica’.

La alusión de su jefe a las observaciones que pueden “decir cómo es la práctica

médica”, habla de cómo es vista por él la antropología. Si, como vimos en el apartado 2, la antropología ha sido considerada como una herramienta importante para administradores públicos, en éste caso, también es vista como peligrosa y problemática.

Posteriormente, Mar ingresó al Programa de Residencias en Educación para la Salud en la Ciudad de Buenos Aires, del que formó parte. El programa de Residencias habitualmente incluye a diferentes profesionales que son convocados para concursar su ingreso y la mayoría de l@s antropólog@s que se desempeñan en el ámbito de la salud en la Ciudad de Buenos Aires, han pasado previamente por este programa y luego han logrado saltar a una institución determinada (sea un hospital o alguna dependencia gubernamental porteña o nacional).

Cuenta Mar que en éste equipo interdisciplinar, en el que también había varios antropólogos interviniendo en distintas instituciones hospitalarias,

Nos pidieron hacer un trabajo para el servicio de pediatría. Trabajamos la cuestión del cumplimiento de las vacunas. Hicimos un diagnóstico sobre la relación de la Institución y los pacientes. Hicimos un trabajo de observación y entrevistas en sala de espera, en consultorios, hablamos con médicos, madres, hicimos encuestas. Recuerdo con mucho cariño esa integración de la etnografía al campo porque refutamos la hipótesis del servicio médico de que las madres eran analfabetas y nosotros pudimos ver que no había relación entre el cumplimiento de las vacunas y el nivel de escolaridad. Es más, las madres menos escolarizadas se preocupaban más por las vacunas que las que tenían de secundario para arriba.

Su relato muestra una práctica antropológica dirigida a la intervención. En algún punto esto muestra continuidades con la producción de conocimiento académica que puede surgir de una etnografía en un hospital, por ejemplo, dando cuenta de los actores y las relaciones sociales que allí se producen. Por otro lado, su experiencia también nos muestra que hay especificidades propias de la intervención donde la antropología es aplicada para actuar sobre un problema determinado. Y, de la misma manera, su relato da cuenta de cómo la antropología aplicada también puede ser productora de conocimiento.

En esa convocatoria a la antropología para intervenir sobre asuntos concretos, existen también ciertas consideraciones que muestran el nivel de (des) conocimiento sobre la profesión.

El servicio médico creía que estábamos para cualquier cosa y entonces dijeron que hagamos los folletos de información de VIH, por ejemplo. Entonces ahí, en realidad, había todo un trabajo para dismantelar: esa idea de que, a mayor información, con más folletos, se resuelve el problema.

Este punto permite analizar cómo puede ser vista la antropología. Vimos que l@s antropólog@s pueden ser convocados para intervenir en diversos asuntos. Desde su participación asesorando a arquitectos y urbanistas; su presencia para intervenir en casos judiciales, pasando por el aporte en empresas o en la educación hasta los aspectos más controversiales que tienen que ver con inteligencia o contrainsurgencia. Cada uno de esos casos muestra de una u otra forma los distintos modos de intervenir y aplicar la antropología.

La experiencia de Mar, en esta oportunidad, muestra que esa diversidad de ámbitos en que un@ antropólog@ puede intervenir, muchas veces convierte a la disciplina en algo que no se sabe bien qué es. La expresión referida a un servicio médico

que “creía que estábamos para cualquier cosa” incluye a las percepciones que desde la medicina pueden tenerse sobre las ciencias sociales en general y sobre la antropología en particular.

La creencia de que los profesionales de las ciencias sociales deben dedicarse a recopilar la información sobre VIH ejemplifica uno de los modos en que la interdisciplina puede presentarse de modo problemático. Vincular el problema del VIH con la falta de información refiere a una idea que no tiene en cuenta ni las heterogeneidades ni las complejidades de los pacientes que asisten al hospital y, mucho menos, evalúa la necesidad de conocerlas.

Durante mi trabajo de campo, pude observar cómo pueden transformarse algunas prácticas y categorías cuando son llevadas al ámbito de la gestión. El ejercicio profesional en instituciones de gestión pública dista mucho de lo que es una investigación etnográfica corriente. La presencia prolongada en el campo no es en la gestión una condición necesaria. Vale decir, resulta muy poco posible.

Los antropólogos de gestión están muy atados a los vaivenes institucionales. No hay mucho respeto por los tiempos, la institución te demanda ¡ya! Hoy por hoy perdí el interés por la gestión. No porque no crea, sino porque me cansé. Hoy prefiero dedicar esfuerzos a la docencia.

Mar se desempeña hoy en una institución gubernamental donde su trabajo está sujeto a determinadas demandas y exigencias propias de la gestión. Donde un Ministro, un Secretario o un representante de la administración pública maneja tiempos y dinámicas con las que un@ antropólog@ y cualquier otro profesional aprende a lidiar. La práctica antropológica en la gestión puede ser, para algun@s profesionales, algo desgastante y absorbente. Una práctica que no deja lugar para revisar el cuaderno de campo, analizar los datos, y elaborar hipótesis.

Su inserción en la academia, como docente, le permite a Mar, formar a futuros profesionales y entiende que éste puede ser un espacio al cual apostar. Desde su reflexión, como antropóloga capaz de mantener un pie en la academia y otro en la gestión, asegura que es necesario:

abrir alguna especialidad en intervención. No sé bien cómo. Me parece empezar por una capacitación en estas herramientas porque el antropólogo no es Malinowski cuando llega a una institución. Tenés que pensar en términos de red institucional. Hay un campo de producción teórica específico de la gestión. No puede caer un antropólogo como paracaidista. Claro que aplicás la mirada etnográfica para entender la lógica de la institución, pero hay un campo en sí mismo donde lo teórico no puede estar por fuera. Yo he visto grandes investigadores en antropología médica que eran maravillosos, pero que no dan herramientas para la intervención. Y hay un uso mercantilizado del conocimiento académico que dan ganas de tirarlo a la basura. Por ejemplo, maneras rápidas de etnografías o que vengo con el manualcito de cultura, hablo del poder, de la interculturalidad y se lo doy a los gestores en salud. A mí eso “Ni”. Algunos directamente NO y otros NI, porque terminan siendo recetas de cocina y nosotros estamos con resoluciones de problemas.

Mar esboza una serie de ideas que contribuyen a definir empíricamente y trasladar al cotidiano buena parte de lo que hemos presentado en apartados anteriores. Por un lado, se adentra en una de las preguntas fundantes de éste trabajo respecto de la especificidad de la antropología a la hora de pensar en aportes particulares y busca aclarar su posición al respecto. La incorporación de términos teóricos en los cuales l@s

antropólogo@s estamos formados no es suficiente para intervenir en una institución. Especialmente cuando se trabaja en instituciones decisoras de políticas públicas. Al mismo tiempo asegura que la mirada etnográfica se aplica pero que ésta necesita del conocimiento teórico propio de la gestión, donde un antropólogo que llega con su formación en *cultura, interculturalidad*, etc. puede ser “un paracaidista”, especialmente cuando “nosotros estamos con resoluciones de problemas”.

La resolución de problemas sociales es una de las características de la antropología aplicada. No significa que el aporte antropológico signifique la solución de un problema determinado. Una intervención puede acercar propuestas, a las autoridades que tomarán decisiones, para un mejor abordaje sobre un asunto determinado.

Desnaturalizar la relación entre alfabetismo y consultas al médico o aplicación de vacunas, permite intervenir, por ejemplo, mediante la redacción de informes que recomienden diferentes modos de trabajar, entender la salud y la vacunación. Contribuir a la apertura analítica del servicio médico de un hospital puede repercutir en nuevas prácticas y modos de concebir al paciente logrando, por ejemplo, una relación más humana que ayude a superar prejuicios etnocéntricos.

La posibilidad de contribuir a la construcción de propuestas que enfoquen e intervengan sobre un problema social concreto, permite pensar en procesos transformadores. Comprender las relaciones asimétricas y de poder que se produce muchas veces entre pacientes y especialistas; colaborar en la deconstrucción de algunos prejuicios, por ejemplo, pueden repercutir en la elaboración de informes que sean discutidos en reuniones de personal de un centro de salud. Proponer un abordaje que considere a la salud desde las humanidades, dentro del campo de las relaciones sociales y alejada de una mirada esencialista, probablemente puedan ser aportes transformadores.

De todos modos, la idea de transformación puede adquirir significados muy diversos en la representación de los profesionales. Mar, por ejemplo, devuelve algunas reflexiones que ayudan a problematizar la transformación y a pensar en sus posibilidades en una institución gubernamental:

Ya no pienso en la transformación, no por una postura nihilista o cómoda. Mis expectativas son más minúsculas, hay que saber que hay lugares donde uno puede intervenir y hay otros en los que no, entonces yo evalúo si vale la pena. Como docente tengo estudiantes que van a trabajar en intervención (...) tengo una cosa de pasión acerca de herramientas analíticas que pueden servir para la intervención: dismantelar categorías como la idea de explicar todo por la cultura, ¿qué le estás haciendo decir a la cultura? También dismantelar la idea de identidad como esencializada; revalorizar la observación. No puedo hablar de transformación, pero sí de herramientas. ¿Transformación en una institución del Estado?. El que está en políticas públicas tiene que tener una formación en políticas públicas, saber de Estado y qué se está discutiendo en el campo. Si no, es un idiota que no sabe de qué está hablando. Porque hay proyectos, por ejemplo, en salud, en los que hay mucha gaita porque son proyectos mediáticos de alta visibilidad y poco trabajo de base. (...) Yo creo que un antropólogo puede ser carne de cañón y hacer una carrera para acumular frustraciones y no saber qué cuerno hace ahí. Sí en políticas públicas es importante saber que interculturalidad no es una palabra vacía de contenido, hay que tener esas habilidades antropológicas, pero todos los que entramos al Estado tenemos que saber de políticas públicas o conocer sobre el campo en que estamos. (...) porque muchos jóvenes entran creyendo que van a hacer un aporte increíble y la institución te fagocita. Hay espacios y uno puede hacer aportes, pero yo no estoy como antropóloga, puedo ser socióloga, antropóloga.

El final del relato de Mar se refiere justamente a que el lugar propiamente antropológico queda diluido y no tiene una especificidad. Esta reflexión se entrelaza con su visión acerca de la aplicación del conocimiento y la tensión entre una práctica para la gestión y el trabajo en investigación.

Su desempeño como antropóloga en una institución estatal la muestra algo distante de la idea de transformación en los términos propuestos. Es significativa su referencia a las dificultades que se plantean a la hora de trabajar en el ámbito de la gestión. Esta preocupación es compartida por muchos de los profesionales que manifiestan, como Mar, que “la institución te fagocita” lo que, en muchos casos genera sinsabores, angustias y hastío. Ella manifiesta un cansancio respecto de la gestión optando por depositar sus expectativas en la docencia y en la formación de futuros profesionales para la intervención.

En este punto, el debate sobre la transformación adquiere una dimensión poco problematizada y que tiene que ver con que las nociones de cultura, de interculturalidad, diversidad, identidad, etc. Conceptos que parecen, *a priori*, inútiles en espacios de gestión donde muchas veces las fronteras disciplinares son más difusas y están ajustadas a tiempos, necesidades y demandas surgidas de los propios procesos políticos.

Mar reconoce la importancia de las “habilidades antropológicas” a la hora de darle vida a conceptos como *cultura*, por ejemplo, pero resalta la necesidad de adquirir conocimientos en políticas públicas. En este sentido, Mar deja abierto interrogantes que permiten pensar en cómo proponer un andamiaje conceptual para la práctica profesional de la antropología. Su relato interpela a la formación académica de la antropología. De ahí tal vez nazca su marcada convicción de apostar fuertemente al trabajo estudiantes que deben ser formados para la intervención. Se desprende de sus expresiones el desafío de lograr una plataforma desde la cual apoyarse, construida de conceptos, cuyos significados puedan verse plasmados en campos de intervención. Comprender que cultura, interculturalidad, diversidad, y otros conceptos, pueden y deben ser redefinidos a la hora de pensar políticas públicas. Que deben acompañarse de la habilidad del antropólogo que se desempeña en ese campo y que no sólo debe conocer los vaivenes institucionales: debe tener la capacidad de utilizar esos conceptos orientados a un público que tiene en sus manos decisiones políticas sobre la vida de las personas y resoluciones de problemas.

La formación en políticas públicas, de la que habla Mar, ha de ser un desafío para la formación de antropólog@s que se desempeñan en oficinas de gestión públicas. Al mismo tiempo, esto nos interpela más ampliamente para pensar entonces en cuál puede ser el aporte antropológico. ¿Es posible participar como antropólog@s en estos espacios? La definición de una identidad profesional parece difusa: “yo no estoy como antropóloga, puedo ser socióloga, antropóloga”. ¿Es posible entonces insistir en la especificidad de la antropología respecto de otras ciencias sociales en el campo de la intervención? O, como dice Mar, ¿el uso de estas categorías corre el riesgo de quedar vacío si no se cuenta con una formación en políticas públicas?.

Al compartir las experiencias y sentires de los profesionales pude pensar en nuevos interrogantes que me ayudaron a convertir mi trabajo en algo menos esquemático donde la pregunta de por usos y destinos del saber y sobre las especificidades de la antropología, incluya también otras inquietudes: ¿cómo aparece lo interdisciplinar en la práctica profesional? ¿De qué forma participan y comparten l@s antropólog@s su saber con otros profesionales y cuáles son sus experiencias?

2.1.2 La interdisciplina, la “identidad” y la ¿soberbia? de la antropología

Habitualmente el trabajo de investigación académica suele ser un trabajo en que cada antropólogo@ comparte su experiencia etnográfica junto a sus sujetos de estudio que suelen ser “otros” en un campo que no siempre es el medio social del investigador.

En antropología aplicada, l@s profesionales suelen trabajar acompañados de pares. Esto es, científicos y otros profesionales. El trabajo interdisciplinario implica compartir y discutir enfoques permitiendo la circulación de saberes

Pablo es un antropólogo que actualmente forma parte de un equipo interdisciplinario dependiente de una institución gubernamental, dedicado a evaluar e intervenir en la problemática del VIH. Al igual que el caso anterior y, como muchos en el campo de la salud, Pablo pasó por el Programa de Residencias y hoy integra este equipo del que dice haber aprendido mucho gracias al trabajo interdisciplinario. De la misma manera que Mar, cree que un antropólogo no puede desempeñarse *per se* en ámbitos de la gestión pública. Pero él es más categórico y desafiante cuando me dice:

En la carrera seguro tuviste Metodología Cuantitativa. Generalmente los antropólogos desestimamos esas materias que nos parecen tan distintas, con variables, indicadores, gráficos y cosas que nos parecen muy de encuestas y de sociólogos pero, para trabajar en políticas públicas, necesitas saber esas cosas. ¿Cómo vas a intervenir si no sabés qué es un indicador, por ejemplo?. ¿Cómo hacés para realizar un informe sobre una problemática como VIH por ejemplo, sabiendo que ese informe es requerido para evaluar políticas?

La insistencia en que la antropología cuenta con altas dosis de soberbia también es un pensamiento compartido por algunos profesionales que entienden que l@s antropólog@s no somos adeptos a trabajar interdisciplinariamente. Esto se explica a partir del supuesto de que “estamos entrenados para comprender e interpretar el mundo, las culturas, la diversidad y miramos desde arriba a los demás”. Una idea que sería la responsable del escaso reconocimiento de la disciplina más allá de sus propios pares. Al respecto, Pablo resume esta visión refiriéndose a la actitud de much@s antropólog@s: “¡No sabes la cantidad de veces que los he visto en congresos o jornadas mirar por sobre el hombro a los demás! pararse en un pedestal ‘porque yo sé de cultura y tengo una visión más amplia de las cosas’.”

Carlos es un antropólogo que se desempeña en los ámbitos de educación y de salud en la Ciudad de Buenos Aires. Cumple un rol en el seguimiento de procesos de evaluación y diagnóstico de las escuelas públicas e integra un equipo acompañado por sociólogos y pedagogos

Se describe a sí mismo como una especie de “outsider” dado que, desde la universidad le interesaban temas que no tenían un fuerte peso en la academia de aquellos tiempos en los que se formó: “llegué a la antropología en el año 1977, cursé en los peores años de este país”. En esa época, a principios de los años '80, manifiesta haberse inclinado por un tema de casi nula repercusión en la academia de entonces:

Elegí como tesis de grado un tema bastante difícil, me interesaba el tema de la identidad y el género. Mientras mis compañeros viajaban a trabajar con grupos indígenas, empecé a investigar el género desde el travestismo. Eso ya me alejó bastante de la academia y así, trabajando este tema, me incorporé a trabajar al Ministerio de Salud a un equipo de VIH-SIDA, a mediados de la década de 1980 en un momento en que era fuerte la idea de la vinculación entre diversidad sexual y VIH.

Las discontinuidades entre la antropología aplicada y académica, que se expresan en el modo de ejercer y practicar la disciplina, se convierten en encuentros a la hora de la relación con las coyunturas, sean político-nacionales, locales o exigencias académicas. Optar por un tema de investigación de escaso interés “me alejó bastante de la academia”. Este ejemplo vuelve a poner de manifiesto, empíricamente, la relación entre el conocimiento y contextos políticos, dado que hoy es un tema de suma atracción investigativa, a la luz de los diferentes procesos políticos y sociales que han tenido lugar en el país.

Luego, el camino lo condujo a desempeñarse en áreas de prevención en materia de salud sexual, salud escolar, materno-infantil y adolescencia.

Reconozco que en aquel momento yo trabajaba la idea de identidad a la vieja usanza de la antropología clásica: una identidad recortada por una práctica sexual, muy esencialista. Y eso me llevó a políticas públicas. Y de ahí comencé a pensar cómo mejorar la accesibilidad de estos grupos. Tuve mucho trabajo en capacitación de equipos de salud y, como antropólogo, la mirada de género fue gran parte de mi trabajo (...) siempre traté de que el travestismo fuera el punto de llegada y no de partida.

Carlos asume que, por aquellos años, tenía una mirada muy recortada sobre la noción de identidad, que fue superando posteriormente. Aún hoy se desempeña en el área de adolescencia tanto en educación como en salud y se muestra bastante reacio respecto a los profesionales encargados de las políticas públicas y entiende que la antropología contribuye a pensar y redefinir conceptos y categorías muy ancladas en algunos profesionales. Reflexionando sobre su trabajo y su espacio como antropólogo, entiende que la antropología le permite trabajar con ciertas herramientas analíticas que utiliza para la construcción de preguntas que pretende formular a los responsables de diseñar políticas públicas.

Me gusta, como campo de abordaje esta idea de la otredad con la que nosotros trabajamos. Y hoy esa otredad no se la devuelvo a esos grupos con los que trabajé: sean adolescentes, gays, travestis. Hoy la otredad son los propios equipos que gestionan políticas públicas, los propios equipos de intervención: hoy la otredad para mí es un equipo de salud, un grupo de profesores de una escuela. Hoy veo a éstos equipos como un grupo que me cuesta pensar que logren dar respuestas a los cambios culturales de los últimos tiempos. Los profesionales que estuvimos reseteados en una manera de pensar el mundo hoy estamos en una grave crisis, seguimos pensando con categorías muy desfasadas. Entonces llaman a los antropólogos para que le expliquen a ese otro, exótico, generalmente subalterno, y ¡no!. La otredad la vemos en los sectores hegemónicos. Yo devuelvo desde la antropología una pregunta complicada: me invitan a hablar de los adolescentes y yo ya no hablo de los adolescentes, sino de los equipos de salud que no pueden comprender la adolescencia porque no tienen elementos de abordaje ni de comprensión. No entienden lo que le pasa al adolescente: ni sus vínculos, ni la relación con la tecnología, etc. Frente a esto los equipos se han vuelto nostálgicos donde pareciera que todo tiempo pasado fue mejor.

El aporte desde la antropología le ha permitido, desde su óptica, realizar un ejercicio de reflexión y comprensión de algunas categorías empleadas por esos “otros” que él encuentra en equipos de gestión de políticas que previamente categorizan y definen a los sujetos desde marcos teóricos superficiales y que no logran abordar la complejidad del problema.

Hoy tenés discursos en las instituciones como “autonomía de los sujetos”, “el sujeto es un sujeto de derecho”, hay mucha declamación de cosas vacías de contenido y si a eso no le ponés letra (...) encontrarás profesionales poco profundos y poco seguros de donde tienen que implementar transformaciones. Hoy la pregunta se las devuelvo a los equipos de salud y educación que están implementando políticas públicas.

La antropología es para él no solamente una manera de abordar las problemáticas considerando sus complejidades y profundizar en ellas, sino también la posibilidad de repensarse a sí mismo, de re-elaborar sus propios marcos de enfoque.

La posibilidad de devolver aportes en espacios donde “me invitan a hablar de adolescentes y yo les hablo de ellos, de los que gestionan políticas” entiende que puede ser un aporte pequeño. Que sería mucho más fructífero un colectivo académico especializado en áreas de educación, que tienen grandes curriculums, espacios en ámbitos como el Conicet, por ejemplo. Desde allí “debería estar armándose un *pool* de cosas hacia el exterior”, devolviéndole interrogantes a los responsables en políticas públicas, pensando en los significados y representaciones que los adolescentes tienen sobre la escuela y, especialmente, en el modelo de adolescente que se construye y que, en definitiva, serán los destinatarios de esas políticas.

Su relación con la llamada “interdisciplina” lo posiciona en un lugar de armonías y tensiones. En su desempeño como integrante de un equipo en el área de educación, afirma que hay una visión compartida junto a los otros profesionales, respecto a los problemas comunes del área. Algo que no sucede en el ámbito de la salud, dentro del programa de adolescencia que integra, donde existen posicionamientos muy enfrentados respecto a las diferentes problemáticas:

iiiTrabajar salud sexual con médicos!!!. Ellos ven cuerpos, con órganos, reproduciéndose. Imaginate lo que es VIH, aborto, salud sexual (...). Nosotros venimos con un conocimiento más *aggiornado*. Ellos no salieron del manual de anatomía (...) El médico tiene una crítica de las ciencias sociales y yo trato de revertir eso: porque yo necesito que ese tipo pueda revertir eso, que no se cierre. Ojo que la antropología también tiene su modelo cultural hegemónico y lo ha manejado bastante mal. Tampoco me convence esa antropología puritana. También hubo procesos donde la antropología fue cómplice, por ejemplo, en los vínculos con el Ejército de los Estados Unidos. No somos los puros de las ciencias sociales. Pero hay disciplinas que no han hecho nunca el trabajo de pensar los contextos sociohistóricos. ¿Cómo un médico piensa su práctica? Nosotros tenemos una reflexividad: ¿qué haces en tu situación de campo, ¿cómo mirás, quién sos y como rompés la cotidianeidad de los sujetos? (...) siempre nos estamos mirando. Y hay disciplinas que permiten eso y la antropología nos da la pista para vernos. Pensar el mundo históricamente, de entender como fuimos socializados y repensar cosas. Y eso es un aporte que podemos hacer.

Carlos describe y se muestra molesto con determinadas conceptualizaciones y formas de abordaje que hegemonizan en el campo de la salud. Trabajando con adolescentes en instituciones y centros de salud, advierte que existen determinadas problemáticas que hacen a las dificultades con las que se encuentran los adolescentes en el acceso a la salud. En tanto que el adolescente “es visto como algo gris, un sujeto liminal que no es niño ni adulto”, no tiene lugar en las políticas públicas.

En el marco de discusiones y debates en jornadas, en los que Carlos interviene, asegura que, en salud, los antropólogos suelen ser vistos de manera romántica e idealizada.

Hay profesionales, en salud, que nos buscan a los antropólogos para que les demos respuestas. Y a veces les devolvemos preguntas incómodas a ellos. Los profesionales les preguntan a los adolescentes: '¿qué proyecto de vida tenés?'. Si yo no reviso la idea de temporalidad donde la salud tiene pensada toda una idea de futuro (...) Se habla de prevención como modelo anticipatorio (...) hay sujetos que piensan el hoy y no el mañana. No por falta de capacidad, sino de subsistencia. Porque el hoy es supervivencia. Y en salud hay una concepción de futuro. Se habla de autonomía. De sujetos pensados en abstracto; de sujetos pensantes que deciden si 'me opero o no me opero' cuando esos sujetos llegan en condiciones de subordinación, de violencia, de desigualdad. ¿De qué autonomía me hablan?. Hay que devolverles preguntas a los propios profesionales y no preguntarle al adolescente si tiene un proyecto de vida.

Carlos es insistente en esa idea de *otredad* que observa en los profesionales de la salud. Al referirse a la incomodidad que le causan las maneras de abordar la cuestión adolescente, introduce una dimensión que va más allá del modelo interpretativo/cultural o relativista. Incorpora la cuestión estructural desde la cual partir, considerando la importancia por la subsistencia diaria, más que el lugar común que él observa en las preguntas sobre los proyectos de vida de l@s adolescentes. De la misma forma, suma al debate esa dimensión temporal vinculada al diario vivir de los adolescentes y que no puede ser suplantada por una pregunta referida al futuro. La noción de temporalidad, de un hoy en relación con la subsistencia, refieren a jerarquías que, muchas veces hablan de desigualdades sociales y posiciones subordinadas en la escala social. Un aspecto que Carlos no presenta como determinante ni homogéneo, pero que no puede ser soslayado y que conducen a muchos profesionales a realizar diagnósticos erróneos que ven a los adolescentes desde un prisma racionalista y que reduce el enfoque hacia un sujeto autónomo.

La medicina también está en esto de jugar a ser antropólogos: 'hablemos de la familia, se empieza a hablar de familia disfuncional, el rol de la madre'. Categorías donde la psicología también tiene que hacerse preguntas. Yo no sé qué revisiones hacen en la academia, pero los ves actuar en hospitales y vienen con todas estas categorías. No podés llevar la clínica a lo público. Hay que construir una psicología comunitaria, de emergencia.

Carlos trae a la discusión ciertos aspectos referentes a algunas apreciaciones sobre su relación con otr@s profesionales. Aspectos referidos a la forma de concebir al adolescente por parte de médicos y psicólogos donde se descuidan cuestiones temporales; y donde se desconocen las relaciones sociales y de desigualdad.

2.1.3 Intervención en una asociación de africanos y afrodescendientes

Rayén es una antropóloga con quien pude compartir parte de su experiencia en una asociación de afrodescendientes. Se trata de una agrupación cuya figura legal es la de Asociación Civil (en adelante la asociación) y sus integrantes provienen de la región del África subsahariana; sudamericanos llegados de Bolivia, Perú y Brasil; centroamericanos provenientes de República Dominicana y Haití; más algunos argentinos que se reconocen como afrodescendientes.

Ante la diversidad de nacionalidades e historias que conforman la asociación, Rayén me cuenta que la forma que ellos tienen de unificar acciones es "proponerse una visibilización de las problemáticas asociadas a xenofobia, la exclusión laboral y social, entre otras formas de desigualdad", cuenta.

Tras haberme anticipado que "muchas veces se hace difícil conciliar y unificar

acciones en un grupo tan heterogéneo”, Rayén me contó que fue contratada como antropóloga para acercar algunas propuestas que sirvan para tratar de incorporar esas heterogeneidades a algunas cuestiones comunes que tienen que ver con “precarización laboral, xenofobia, dificultades para obtener documentación, etc.”. En tanto antropóloga y argentina, su trabajo consiste en identificar algunas problemáticas concretas que “superen las divisiones nacionales y que les sea común acá en Argentina, (...) problemáticas en las que se sientan identificados, como la inmigración, por ejemplo, la xenofobia, etc”. Rayén expresa cierta desilusión al sentir que hay poca predisposición para llevar adelante proyectos que permitan discutir el problema de la inmigración en Argentina, especialmente aquella vinculada con países que no son precisamente el centro de la modernidad europea, que la escuela argentina se encargó de enaltecer.

me ocupé de contactar a un profesor de historia que yo sé interesa todo lo que tiene que ver con cuestiones indígenas y africanas y su influencia en Argentina. Organizamos una charla pero a las reuniones previas donde les presenté al profesor prácticamente se peleaban (la comisión directiva) para no ir. Un día no podían, el otro tampoco y me decían ‘ocupate vos, armá una fecha en el colegio y nosotros vamos’ (...) Hicimos finalmente reuniones previas con el profesor, X (el presidente de la asociación), y organizamos la charla. A la escuela fuimos con X (que vino casi porque no le quedaba otra) y otros tres miembros afrodescendientes y africanos. Se pasó un video muy didáctico sobre la construcción de la ‘identidad blanca’ argentina y después otro sobre discriminación, hubo ida y vuelta con los pibes, que se re coparon. Estuvo bueno, quedaron contentos y dijeron que organicemos otra actividad así (...) todavía estoy luchando por poder armar otra cosa similar en otra escuela en la que labura este profesor (labura en cuatro escuelas así que hay gente a la cual hablarle) y en la asociación no me definen las fechas.

El malestar de Rayén no pasa, como sucede con otros profesionales que se desempeñan en ámbitos de gestión pública, por las exigencias de la institución y la falta de tiempos. En su caso entiende que no hay demasiada vocación por atacar cuestiones de fondo que hacen al racismo. Pese a las adversidades que comentamos aquí, Rayén asegura que su trabajo le da la posibilidad de pensar y elaborar ideas creativas donde

La antropología está muy presente (...). Por ejemplo yo insisto en la educación porque así como la escuela fue la primera en impartir nacionalidad y hacernos creer esta idea de la Europa sudamericana, creo que es necesario pensar en una educación intercultural donde los mismos sujetos participen y en donde los hijos de los bolivianos, peruanos, de cualquier latinoamericano y de africano pueda compartir los saberes (...) la escuela puede ser un lugar de poder y reproducción del statu quo pero también un espacio para dar vuelta esos mensajes (...) saber de nuestro pasado indígena y africano, por ejemplo, puede ayudar a que nuevas generaciones convivan con otro mensaje.

Al hecho de no encontrar toda la receptividad esperada en sus propuestas dice: “a veces te cansa pero también hay gratificaciones cuando hablas con muchos de los miembros y te escuchan o te dan ideas para trabajar, eso está bueno”. La historia de Rayén está marcada por una vida de militancia política. Hoy entiende que la “antropología no reemplaza la militancia pero me da armas para comprender y pensar mejor la transformación”.

3. ¿Una antropología de la praxis? Reflexiones finales

Resulta significativo el modo en que, como vimos recientemente, la “mirada antropológica” participa en espacios que nos llevan a problematizar nuevamente la

transformación. Desde las primeras páginas he planteado una preocupación al respecto y he utilizado la noción marxista de *praxis* según la cual la interpretación debe ceder paso a la transformación. Pero ¿qué significa transformar? ¿Transformar qué?. Y ¿de qué modo participa la antropología?

Los testimonios y experiencias compartidas con l@s colegas, han incluido la noción de transformación. De manera implícita o explícita, la transformación ha aparecido: a la hora de discutir con diferentes profesionales, enfoques y modos de intervención; de devolver nuevas preguntas a autoridades y agentes decisores de políticas públicas; en el intento por crear una suerte de contrahegemonía frente a nociones dominantes y naturalizadas. Son ejemplos que nos hablan de maneras de intervenir y de aplicar la *mirada antropológica*.

A lo largo de este trabajo busqué problematizar acerca de la antropología, l@s antropólog@s, las particularidades de la “mirada antropológica” y de qué manera incluir la noción de una antropología de la *praxis*. He considerado la noción de *praxis* de acuerdo con el principio marxista que entiende la relación entre ciencia y la transformación del mundo.

Desde este punto de partida, el concepto de *praxis*, ha sido utilizado para entender los usos del conocimiento científico, en este caso, de la antropología, destacando la pregunta por la transformación. Pero ¿por qué exigirle a la antropología asumir esa discusión? O, por qué una disciplina que se precia de romper con esquemas iluministas y objetivistas, debería pensar en la transformación social?. Si l@s antropólog@s somos entrenados para esforzarnos en el intento por deconstruir categorías preestablecidas, colocando entre interrogantes nuestro etnocentrismo y comprender la otredad, ¿no sería un contrasentido que la antropología se proponga transformar la realidad de esos otros?. ¿Implicarse en el camino la transformación social, no significaría tirar por la borda esos principios que nos dicta la propia formación académico-disciplinar?

Estas preguntas también hablan de los usos del saber. La pregunta por la transformación que incluyo en esta investigación, implica pensar en la *praxis* como dispositivo epistemológico. Esto es, como pregunta preocupada por intervenir en las viejas antinomias entre universalismo y particularismo. Como forma de interpelar a un relativismo que, muchas veces, se nos presenta de manera natural a l@s antropólog@s que, en nuestro afán por discutir categorías totalizadoras, solemos anteponer nociones relativistas que eviten conclusiones acabadas sobre l@s otr@s.

Incorporar el debate de la transformación implica considerar las preocupaciones por las desigualdades sociales y relaciones de poder presentes también al interior de los grupos con los que trabajamos. Se trata, en suma, de asumir el lugar político que ocupamos tanto a la hora de investigar relaciones sociales, costumbres, tradiciones o al momento de intervenir en problemáticas específicas.

Para pensar en la transformación he intentado problematizar el rol que la antropología juega, directa o indirectamente, en el universo político y económico. Hemos visto que el lugar político se hace presente de distintas maneras. Muestra de ello ha sido la participación inicial de antropólog@s al servicio de la administración colonial, como el desempeño en agencias gubernamentales o de influencia en la sanción de políticas públicas. De la misma forma, hemos visto de qué manera los conceptos acuñados por la antropología pueden ser utilizados de múltiples maneras en ámbitos político-administrativos e, incluso, empresariales. Principalmente el término “cultura” y otros de la familia tales como “diversidad”, “identidad”, “intercultural”, “multicultural”, etc., se presentan de muy variadas formas con sus respectivos impactos, en boca de

funcionarios, de gerentes empresariales o periodistas. Aquello que, en términos de Susan Wright, hemos visto como “la politización de la cultura”, quizá también nos permita agregar “de la antropología”.

En la presentación de distintos ejemplos de intervención, busqué mostrar algunos de los espacios de aplicación de la antropología y las complejidades que allí se presentan. Los casos expuestos dan cuenta del modo en que l@s profesionales conciben la antropología, al conocimiento y a sí mismos. Igualmente, muestra cómo pueden disputarse espacios de intervención junto a otras especialidades y el modo en que la antropología puede abrirse camino a la hora de su aplicación desde donde también surge un fructífero campo de producción de conocimiento.

Al adentrarme en las historias de cada un@ de l@s antropólog@s y en sus cotidianidades, en las características propias del trabajo de intervención, comencé a interrogarme reflexivamente sobre el lugar de la etnografía. ¿Es el trabajo de campo lo que distingue a la antropología? O quizás sea, como coincidieron muchos de los protagonistas de esta investigación “la mirada”, la que brinda enfoque y contenido. Enfoques y contenidos que han puesto especial énfasis en el esfuerzo por superar el etnocentrismo racionalista de construcción de otr@s. Ese análisis quizás sea la particularidad que presenta la antropología y que se revela como un desafío para una praxis transformadora. Desafío que se traduce en la pregunta inicial acerca de los usos y destinos del saber.

La teoría antropológica se hace presente en la gestión pública, en el plano de la salud, en la intervención junto a afrodescendientes y también se ha hecho presente en los numerosos casos que han hecho a la historia de la disciplina. Si los aportes metodológicos y conceptuales de la antropología han facilitado a otras disciplinas las herramientas para explicar aquellos asuntos de relevancia política, económica, social y cultural ¿por qué l@s antropólog@s no forman parte de los grandes debates públicos sobre los principales problemas del mundo?.

Una antropología de la praxis implica preguntarnos cómo entendemos y asumimos la antropología. ¿Se trata esta de un fin en sí mismo o se trata de un medio que puede permitirnos pensar en la transformación? Esto significa indagar en las propias representaciones de l@s antropólog@s. Precisamente esa ha sido la pretensión que asumí para encarar este trabajo. La de poder realizar un ejercicio de reflexividad que indague en la preocupación por una antropología capaz de analizar, comprender, explicar el mundo y de contribuir a transformarlo. Una preocupación que supere el compromiso individual. Que pueda contenerlo pero que, a la vez, funcione siendo capaz de analizar, teorizar e intervenir colocando el acento en la desigualdad social a escalas macro y micro. Que encuentre en el análisis de las relaciones de poder, los caminos para entender y actuar sobre las lógicas de dominación material y simbólica presentes en escala general y particular.

REFERENCIAS

FRIEDMAN, Jonathan. *Identidad cultural y proceso global*. Buenos Aires: Amorroutu Editores, 2001.

GEERTZ, Clifford . *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa, 2003.

IZQUIETA Etulain; GÓMEZ GONZÁLEZ, José Luis y, JAVIER, Francisco. *Marxismo y antropología. Vigencia del análisis marxista en la antropología social*. Universidad de Valladolid. Departamento de Sociología y Trabajo Social, 2012.

LÓPEZ RIVAS, Gilberto & PEREA, Eduardo. “El concepto de ‘Minoría Subordinada’; elementos para su definición”. In: *Izapala Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, No. 1, México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1979, p150-157.

LÓPEZ Y RIVAS, Gilberto. *Etnomarxismo y antropología*. México, U.N.A.M Centro de Investigaciones Sociales, 2009.

NASH, June. *Comemos a las minas y las minas nos comen a nosotros. Dependencia y explotación en las minas de estaño Bolivianas*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia, 2008.

TARCUS, Horacio. *Marx, Karl. Antología*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2015.

WALLERSTEIN, Immanuel. *Abrir las ciencias sociales*. Madrid, Siglo XXI editores, 2007.

WRIGH, Susan “La politización de la cultura”. In: *Anthropology Today*, Vol. 14 No 1, 1998.

PRÁXISCOMUNAL

Práxis Comunal
v1.n.1 JAN-DEZ. 2018
Periodicidade: Anual

seer.ufmg.br/index.php/praxiscomunal
praxiscomunal@fafich.ufmg.br

FERNÁNDEZ, Sergio. Una antropología de la praxis. Análisis y reflexiones sobre usos y destinos del conocimiento antropológico.

Data de submissão: 05/08/2018 | Data de aprovação: 12/09/2018

A Práxis Comunal é uma revista eletrônica da Faculdade de Filosofia e Ciências Humanas da Universidade Federal de Minas Gerais (UFMG).

Como citar este artigo:

FERNÁNDEZ, Sergio. Una antropología de la praxis. Análisis y reflexiones sobre usos y destinos del conocimiento antropológico. In: **Práxis Comunal**, Belo Horizonte, v.1, n.1, p. 119-140, jan./dez. 2018.